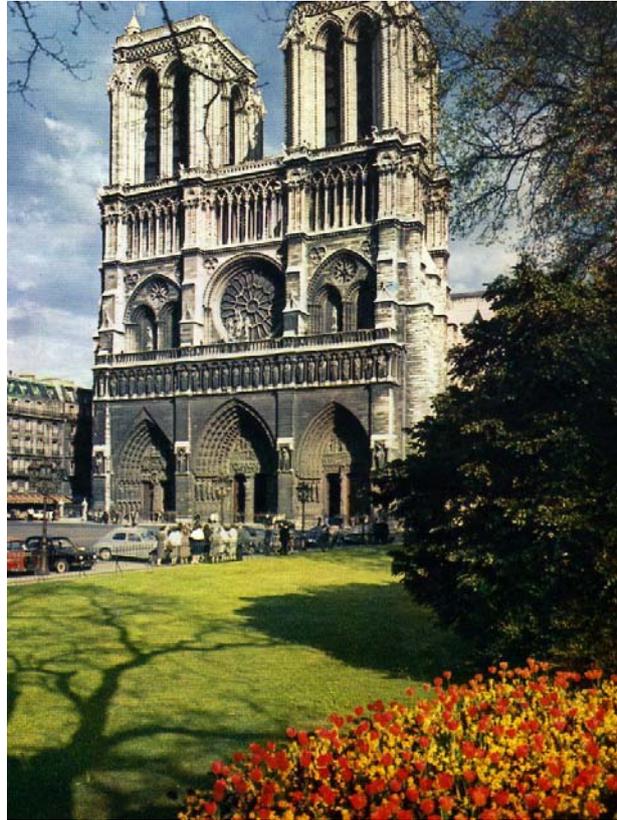


DV 9. DOCUMENTOS VARIADOS

Todo lo que sirve en catequesis entra en el Archivo de un mensajero de la verdad cristiana



Hablemos de Amistad para terminar

Los amigos de Jesús

Hablar de amistad en abstracto suena a teoría. Hablar de amigos en concreto suena a cercanía, a vida, a realidad. Jesús fue hombre real, es decir con mente para pensar y con corazón para sentir. Podemos preguntarnos por los amigos que cruzaron por su vida. Y podemos respondernos a luz de los textos evangélicos, de esos escritos testimoniales en los que sus seguidores pretendieron recoger algunas de las cosas que Jesús dijo e hizo, sabiendo que, si fueran *“a escribirse todas, no cabrían en el mundo los libros que habría que escribir”* (Jn. 21.25). Esos textos evangélicos nos dan la verdadera dimensión del Jesús real, concreto, vital y profético que circuló por los campos de Galilea, de Samaria y de Judea.

De pocas cosas se puede hablar con tanta claridad y con dimensión tan humana a luz del Evangelio como de la amistad en el sentido más puro y preciso del término, es decir como expresión de la humanidad de Cristo y de la fuerza misteriosa de su amor humano. A la luz de las mismas palabras de Jesús quiero ahora dejar constancia de lo que una persona creyente, incluso si sólo es éticamente sensible, puede descubrir. Porque Jesús mostró siempre un talante especialmente afectivo y afectuoso con las personas.

Es emocionante recordar, o suponer, las predilecciones de Jesús para con su madre santísima, a pesar de que un día la ofreció un aparente desplante (*“Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Aún no es llegada mi hora”*). (Jn. 2.4). Pero fue desplante irreal, pues ella no lo entendió así ya que de inmediato añadió *“Haced lo que él os diga.”* Y aconteció nada menos que el primer milagro por el que sus discípulos creyeron más en él.

1. Sus Apóstoles fueron sus mejores amigos. El mismo los eligió y un día, en el efusiones tiernas de una despedida, se lo dijo con toda claridad: *“Ya no os llamaré servidores sino amigos. El siervo no sabe lo que hace su señor. A vosotros yo os he hecho conocer todo. Por eso sois mis amigos”*. (Jn. 15. 9-17)

2. Especial amistad manifestó a Juan, el discípulo que se llamó luego a sí mismo en su texto evangélico el *“discípulo a quien Jesús amaba”* (Jn. 13. 23; 19.26; 21.29). Juan se mostró amigo tan fiel que fue el único que estuvo más cerca del Maestro en los momentos decisivos de su ministerio público: Tabor, resurrección de la muchacha, Huerto de Getsemaní y, sobre todo, en los momentos trágicos de la crucifixión.

3. Admirable amistad fue la María Magdalena, Marta y Lázaro... la familia amiga que le acogía en las proximidades de Jerusalén, en Betania, cuando iba a Jerusalén. (Lc. 10. 38-41). *“Señor, el que amas (tu amigo) está enfermo”* le habían mandado a decir las hermanas cuando Lázaro cayó enfermo y terminó muriendo. Pero fue la ocasión para que Jesús realizara el más portentoso de los milagros que le acreditaron como profeta y como Hijo de Dios.

4. Nicodemo y José de Arimatea se manifestaron como amigos en los momentos terribles de la muerte. Nicodemo había ido de noche a conversar con Jesús y había quedado prendado de su palabra divina. En alguna ocasión luego le defendió con amor cuando los adversarios le maldecían. *“¿Acaso nuestra religión permite condenar a nadie sin antes haberle oído”* (Jn. 7.51). José el de Arimatea había entrado en la órbita de sus relaciones en algún momento desconocido y se había hecho discípulo de Jesús, aunque en secreto por miedo a los judíos” (Jn. 19. 38). Debía ser lo suficientemente influyente como para pedir y obtener de Pilato el cuerpo de Jesús y parra enterrarlo por su cuenta en un sepulcro nuevo cuando fue crucificado.

5. Por otra parte, Jesús fue dejando amigos por donde pasó haciendo el bien y sembrando hechos prodigiosos que acreditaban su ministerio mesiánico. El ciego de Jerusalén le alabó como profeta ante los que le acusaban como pecador (Jn. 9. 1-34). Y el ciego de Jericó seguramente vio al maestro como primera imagen en su vida, imagen que jamás se le

borraría en aquellos ojos que se abrieron por la misericordia del Maestro (Mc. 10.46-51; Mt. 20. 29-34; Lc. 18. 25-43). La mujer cananea que vio recompensada su fe con la curación de su hija (Mc. 7. 24-30) le quedaría agradecida para el resto de su vida. Y la adúltera que El salvó de ser apedreada también recordó siempre la misericordia sin límites de un profeta maravilloso (Jn. 8. 1-11). El centurión de Cafarnaúm (Lc. 7.1-10; Mt. 8. 5-13) o Jairo, el jefe de la Sinagoga (Mc. 5. 21- 42), que vieron respectivamente sanos a su criado y a su hija, nunca olvidarán la mirada amorosa del Rabino taumaturgo.

6. No se puede dejar de citar la singular actitud agradecida de Zaqueo, el jefe de recaudadores de baja estatura, a quien Jesús dio la prueba singular de amistad al pedirle entrar en su casa para descansar a su paso por la ciudad (Lc. 19. 1-9). La alegría de haber ofrecido hospitalidad al Maestro fue seguida de una conversión impresionante para un usurero: *“Daré la mitad de mis bienes a los pobres y devolveré cuatro veces más si a alguien he defraudado”*.

7. Y mucho menos se puede ignorar la hermosa y profunda conversación con la mujer samaritana del pozo de Jacob (Jn. 4. 4-30), que terminó buscando gentes que se acercarán al Maestro peregrino: *“Venid y veréis a un hombre que me ha dicho todo lo que hice. ¿Será acaso el Mesías?”*

8. Amistad rechazada fue la representada por el joven que se acercó para preguntarle por el camino de la vida eterna. Jesús le miró con ojos de amigo (*“Le amó”*, dice Marcos: Mc. 21.21) y no le engañó. Le formuló una invitación exigente. El se acobardó y se marchó, pues tenía muchas riquezas. Jesús se le quedó mirando con ojos tristes mientras decía: *“Qué difícilmente los ricos entrarán en el reino de los cielos”* (Mc. 10.17-27; Mt. 19. 16-26; Lc. 18. 15-17).

9. También tuvo amigos y seguidores que le abandonaron por cobardía, como algunos de aquellos 72 discípulos que quedaron escandalizados por su doctrina, después del discurso de Cafarnaúm y le dejaron diciendo: *“Dura es esta doctrina ¿Quién podrá tragarla?”* Fue la ocasión para que sus apóstoles se afianzaran más en su seguimiento al Maestro. *“¿También vosotros queréis dejarme?”* Y Pedro dio la respuesta. *“¿A quién iremos, Señor? Tu solo dices palabras de vida eterna”*. (Jn. 11. 60-70)

10. Jesús llegó a llamar amigo al mismo Judas en el momento doloroso en que le entregaba con un beso: *“Amigo, ¿a qué has venido? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?”* (Mt. 26. 49; Lc. 22.48) Y momentos antes se lo había llamado también cuando estaba junto a los otros Apóstoles: *“Vosotros sois mis amigos”*.

Las amistades de Jesús estuvieron presentes en su itinerario profético. Y reflejaron una dimensión encarnacional y paradigmática para los creyentes que nunca se puede ni debe olvidar. Difícilmente se entenderá lo que es la amistad para el cristiano, si se prescinde de ese modelo de amistad humano-divina, de entender los sentimientos y asumir las actitudes de amistad de Jesús.

Y tampoco se podrá valorar lo que es la amistad, si no se bebe la mística de las sentencias evangélicas salidas de los labios de Jesús, como aquellas en que afirmaba que *“Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los amigos* (Jn. 10.11 y 15. 13).

Las más de 20 veces que el texto bíblico pone en labios de Jesús el término “amado” o “amante” (usando el verbo “fileo” o a veces el verbo “agapao”) o las cuatro expresiones que aluden a “compañero cercano” (hetairós) que también el texto evangélico pone en labios de Jesús, son suficientes entre las 235 veces o más, en las que con multitud variada de expresiones, se ensalza en los 27 escritos del Nuevo Testamento el amor humano y el divino, la amistad y el afecto, la relación cordial activa y pasiva que tan necesaria es al ser humano.

Es la amistad pura, sublime, perfecta que también el Jesús humano manifestó la que todos los creyentes deben convertir en modelo de amistad humana, ya que el hombre por excelencia vivió y desarrolló un amor sublime, salvador y cautivador que se mantendrá latente en el mundo hasta la consumación de los siglos.